

INVESTIGACIÓN

Humanismo y republicanismo en Nicolas Maquiavelo

Humanism and
Republicanism in
Nicolas Machiavelli

Roberto García Jurado*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO, CIUDAD DE MÉXICO

rgarcia@correo.xoc.uam.mx

Resumen:

Maquiavelo forma parte de toda una tradición de pensamiento humanista y republicano, característico del Renacimiento. Entonces un humanista era, en primer término, una persona que sabía latín, familiarizado con la cultura de la antigua Roma, en especial con los autores clásicos, dedicado a la enseñanza de esta materia o que desempeñaba un cargo público, y que por lo general se identificaba o simpatizaba con las instituciones políticas republicanas. Aun cuando se parte del reconocimiento de que el Renacimiento representó un gran salto en el desarrollo del pensamiento humano, en este artículo se señala y documenta cómo en los siglos previos hubo una serie de antecedentes culturales e intelectuales que es necesario considerar para contextualizar el pensamiento de Maquiavelo.

PALABRAS CLAVE: Renacimiento, latín, Edad Media, clásicos, Roma.

Abstract:

Machiavelli is part of a whole tradition and atmosphere of humanist and republican thought characteristic of the Renaissance. A humanist was primarily a person who knew Latin, familiar with the culture of ancient Rome, especially with classical authors, who was dedicated to teaching this subject or who held public office, and who generally identified or sympathized with republican political institutions. Even though part of the recognition that the Renaissance represented a great leap in the development of human thought, this article points out and documents how in the previous centuries there was a series of cultural and intellectual backgrounds that must be taken into account to contextualize the thought of Machiavelli.

KEYWORDS: Renaissance, Latin, Middle Ages, classics, Rome.

Recepción 21-02-19 / Aceptación 16-04-19

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado y maestro en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Coeditor de *La democracia y los ciudadanos* (2003). México: UAM. Autor de *La teoría de la democracia en Estados Unidos. Almond, Lipset, Dahl, Huntington y Rawls*. (2009). México: Siglo XXI. Profesor de la UAM-Xochimilco. Sus temas de investigación son: Teoría y Filosofía política moderna y contemporánea. Sus publicaciones recientes son: “Maquiavelo y los condottieri” *Estudios políticos*, núm. 32, 2014; “La teoría de la guerra de Maquiavelo” *Signos Filosóficos* núm. 33, 2015; “Maquiavelo y el arte de la diplomacia” *Estudios Políticos* núm. 37, 2016; “Maquiavelo: la educación y formación de un humanista” en Israel Covarrubias (coord.), (2017). *Maquiavelo. Una guía contemporánea de lectura sobre lo político y el Estado*. Taurus, 2017. Actualmente es profesor del Departamento de Política y Cultura de la UAM Xochimilco.

El lugar de Maquiavelo en la cultura moderna siempre ha sido un tema controvertido. Incluso su sitio en la teoría política moderna ha resultado polémico. La primera cuestión que suscita discrepancia es su identificación o ubicación en el ambiente intelectual y político del Renacimiento. Aun cuando uno de sus datos o rasgos de presentación más distintivo sea que se trata de una de las personalidades más sobresalientes de este movimiento, con frecuencia se le presenta como si no tuviera parangón con ningún otro pensador del periodo, como si fuera una estrella solitaria en el pensamiento político italiano de la época.

Resulta evidente e indiscutible que el Renacimiento dejó un potente y caudaloso legado en el terreno de las artes, sobre todo, en las visuales. Puede decirse que la cultura y la sensibilidad moderna en este terreno no tienen un referente y punto de origen más directo, a pesar de que no es tan sencillo establecer una conexión directa entre los humanistas y los artistas renacentistas, pues si bien éstos acudieron también a la antigüedad en busca de ideas y modelos, había una cierta distancia entre ambas mentalidades y ocupaciones. El Renacimiento dejó una impronta memorable en otras áreas de la actividad humana, como la literatura, la historia y el pensamiento político. Así, aunque el brillo de Maquiavelo ha opacado nombres como el de Francisco Guicciardini, Donato Gianotti, Francesco Patrizi, Gasparo Contarini o Paolo Sarpi, no debe pasarse por alto que éstos y muchos otros autores protagonizaron y enriquecieron el pensamiento político de la época.

Lo que más importa en este escrito es llamar la atención sobre el hecho de que Maquiavelo y sus contemporáneos pertenecen a una larga tradición de pensadores políticos, filósofos y literatos que tuvieron una enorme relevancia en la formación cultural italiana, cuyas reflexiones y acciones alteraron gradualmente las ideas y la sensibilidad de la sociedad, en un sentido que permitió configurar las bases de la cultura moderna.

Maquiavelo tuvo muchas cosas en común con estos intelectuales, él también era un humanista, incluso, uno típico. Aunque en el mundo

actual el significado del humanismo ha cambiado ligeramente, al prestar atención al estudio y comprensión de la existencia integral del ser humano —lo que llamaríamos un antropocentrismo razonado— en el siglo XVI, y desde dos o tres siglos antes, ser humanista significaba sobre todo tener un nivel cultural alto, dado que se requería un grado de conocimientos elevado de latín para acceder a los escritores de la antigüedad romana; apreciar y admirar los logros de las letras latinas clásicas y dedicarse a labores de enseñanza de retórica o gramática latina; o bien, desempeñar un cargo público, lo cual casi por definición requería el dominio del latín. Además, durante los siglos XIV y XV el humanismo estaba tan íntimamente asociado a los valores del republicanismo clásico que parecía un requisito en sí mismo, aunque a finales del siglo XV y durante el XVI, esta correlación tendió a relajarse. Como se aprecia, Maquiavelo era un ejemplo típico del humanismo, sobre todo considerando su admiración por la antigüedad y sus convicciones republicanas tan arraigadas, cosa que nunca le impidió admitir y recomendar gobiernos principescos cuando las circunstancias políticas y sociales lo requirieran, como hicieron muchos humanistas del siglo XVI.

Colocar a Maquiavelo dentro de esta larga tradición de pensadores humanistas no es una novedad, más bien es un juicio ampliamente documentado por una relevante y amplia serie de especialistas, comenzando por Hans Baron, Quentin Skinner, Eugenio Garin, Paul Oskar Kristeller y Ronald G. Witt. De ellos, tal vez los dos primeros sean los más grandes especialistas en el pensamiento político de la época y en lo que podríamos llamar el humanismo renacentista; a pesar de coincidir en términos generales sobre la caracterización general de este movimiento, difieren en ciertos aspectos relevantes.

De este modo, el propósito central de este escrito es, en primer lugar, demostrar y evidenciar la pertenencia de Maquiavelo para una larga tradición del pensamiento humanista; en segundo término, explicar y destacar el significado de la vida activa para los humanistas y el propio

Maquiavelo; en tercero, probar la importancia del pensamiento republicano para el humanismo; y por último, afirmar la originalidad del pensamiento de Maquiavelo, para mediar en la polémica entre Baron y Skinner sobre la continuidad y ruptura que significó el humanismo en el contexto del Renacimiento.

Los precursores del humanismo renacentista

En el mundo moderno se ha aceptado, sin muchos cuestionamientos, que el origen e identidad de esta etapa de la historia humana, la modernidad, se remonta al siglo xv, al Renacimiento; asumimos que se trató de un alumbramiento absoluto, por completo contrastante con la etapa anterior, la Baja Edad Media. Los mismos autores renacentistas, comenzando por el propio Petrarca, se encargaron de señalar y enfatizar la diferencia de su época con la Edad Media, la llamaron “edad oscura” e iniciaron así un esquema de periodización y caracterización histórica tan difundido como cuestionado hasta nuestros días.¹

Prevalece la discusión sobre si el Renacimiento es la única revolución cultural digna de considerar como antecedente y fundamento del mundo moderno, o bien, habría que redirigir esa atención a tiempos previos, incluso hasta el llamado Renacimiento carolingio, el movimiento cultural identificado con esta dinastía que va del siglo viii al x: alcanzó su máxima expresión en el reinado de Carlomagno, del 768 al 814.²

Las características más prominentes de este periodo se dieron con Carlomagno, quien a partir de la base de su propio reinado no sólo reconstru-

¹ Wallace Ferguson, *The Renaissance in Historical Thought* (Cambridge: Houghton, 1948), 8; Robert Nisbet, “The Myth of the Renaissance”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 15, núm. 4 (1973): 473-492.

² José Manuel Nieto Soria, coordinador, *Europa en la Edad Media* (Madrid: Akal, 2016).

yó el Imperio romano de Occidente en el 800, sino que además estableció una sólida alianza con el papado, al someter a los lombardos que no daban tregua a Roma. Empezó una eficiente organización administrativa de su Estado y del imperio y, gracias a la guerra contra los musulmanes, contribuyó decisivamente a la formación de la identidad cultural de Occidente, que por entonces tenía su basamento más sólido en el cristianismo. Maquiavelo condenó en más de una ocasión la alianza del papado con el emperador: para él éste fue el origen del desgarramiento interno de la península y del engrandecimiento del poder temporal de la Iglesia.³

De este modo, lo que se entiende como Renacimiento carolingio coincide con el reinado de Carlomagno y sus rasgos más distintivos fueron iniciativas directas de él mismo. Por principio, ordenó la creación de una escuela en cada catedral, a fin de que el conocimiento no estuviera circunscrito a los monasterios, como hasta ese momento ocurría.⁴ Ciertamente esta decisión no quitaba el carácter eclesiástico que tenía todo el conocimiento en ese tiempo, pero al menos lo divulgaba a un sector más amplio de la sociedad. Del mismo modo, estas escuelas tenían como misión básica la enseñanza y difusión de la lengua latina: depósito y vehículo del conocimiento a lo largo de toda la Edad Media. Además, Carlomagno emprendió una importante reforma gráfica que tuvo como propósito crear un tipo de letra alternativa a la gótica, con un trazo más sencillo y más fácilmente legible, éste fue el origen de la llamada minúscula carolingia, el antecedente más directo e importante de la letra humanista desarrollada a principios del siglo xv, y la cual constituyó uno de los mayores impulsos en la difusión de la cultura escrita.⁵

³ Nicolás Maquiavelo, *Historia de Florencia* (Madrid: Tecnos, 2009), 42; Umberto Eco, coordinador, *La Edad Media. I. Bárbaros, cristianos y musulmanes* (México: FCE, 2016); Nieto, *Europa en la Edad Media*.

⁴ Jacques Paul, *Historia intelectual del occidente medieval* (Madrid: Cátedra, 2003).

⁵ Geoffrey Sampson, *Sistemas de escritura* (Barcelona: España, 1997), 161; Charles H. Haskins, *The Renaissance of the 12th Century* (Nueva York: Meridian, 1957), 47; Jill Kraye, editor, *Introducción al humanismo renacentista* (España: Cambridge University Press, 1998), 22, 78.

En otro sentido, Carlomagno también dio un paso muy importante en el mecenazgo cultural, pues llamó y nombró como asesor a Alcuino, entonces obispo de York, a quien conoció en Italia. Alcuino se convirtió en un personaje muy relevante de esta transformación cultural, no sólo fue el promotor de la creación de la minúscula carolingia, también diseñó un método de enseñanza del latín basado en el estudio e imitación de los autores clásicos latinos, el cual, si bien se concentraba en tomar de éstos los ejemplos y modelos lingüísticos formales, contribuyó decisivamente para que se reparara con mayor atención en sus ideas y espíritu. Fue la figura más prominente de la corte de Carlomagno, podría decirse que inspiró en buena medida la idea del imperio cristiano medieval, concepto que germinó vigorosamente en *De monarchia* de Dante.⁶

Tomar al Renacimiento carolingio como antecedente del Renacimiento del siglo xv no está libre de cuestionamiento y polémica. Por principio, hay quienes discuten la pertinencia misma de identificar un periodo histórico o un movimiento cultural distinguible en esta época, plantean que no tiene gran diferencia con el periodo precedente ni con el posterior. Incluso un historiador tan reconocido como Henri Pirenne duda de que el Renacimiento carolingio pueda tomarse como un antecedente del Renacimiento del siglo xv: en tanto este último tuvo un carácter eminentemente laico, aquel tenía un carácter eclesiástico; mientras el del siglo xv buscaba impregnarse del pensamiento antiguo y reproducirlo, el otro buscaba tan sólo modelos estilísticos.⁷

Una repercusión colateral indiscutible de este Renacimiento carolingio fue el gran desarrollo político y cultural de la ciudad de Aquisgrán. Al elegir esta ciudad como sede de su imperio, Carlomagno propició que todo el desarrollo cultural se alejara de las metrópolis del sur de Europa

⁶ Eco, *La Edad Media*, 537-539; Paul O. Kristeller, *Ocho filósofos del Renacimiento italiano* (México: FCE, 2005); Jacques Le Goff, coordinador, *Hombres y mujeres de la Edad Media* (México: FCE, 2018), 78-81.

⁷ Henri Pirenne, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo xvi* (México: FCE, 2012), 67.

que, desde la antigüedad, habían sido los centros de cultura y civilización. Este desplazamiento geográfico influyó para que, en los siguientes siglos, varias ciudades del norte de Francia, cercanas a Aquisgrán, se desarrollaran culturalmente con gran vigor.⁸

Si hay duda u objeción sobre la pertinencia de identificar un antecedente del Renacimiento italiano en el Renacimiento carolingio, de lo que existe certeza es que el llamado Renacimiento del siglo XII tuvo efectos directos e importantes, al grado de que hay quienes no ven rupturas ni discontinuidades notables en estos dos movimientos.⁹ El llamado Renacimiento del siglo XII se desarrolló sobre todo en algunas ciudades del norte de Francia, como Chartres, Orleans y París. Muchos de los grandes humanistas o intelectuales italianos de la época vivieron en Francia o tuvieron algún contacto importante con la cultura francesa, como Francisco Petrarca, quien vivió y estudió en Aviñón y Montpellier; Marsilio de Padua, que completó su educación en París, de cuya universidad llegó a ser rector; o Bruneto Latini, que pasó largos años de exilio en el sur de Francia.

La ciudad de Chartres fue sede de la prestigiosa Escuela de Chartres, en donde destacaron varios filósofos y científicos, muchos de ellos estudiosos del mundo clásico. Una de las figuras más relevantes de esta escuela fue Juan de Salisbury, autor del reconocido *Policratus*, uno de los tratados políticos medievales que pone mayor énfasis en el imperativo de equidad de la ley, al grado de justificar la resistencia al tirano cuando éste no la respetara.¹⁰

En Chartres y en otras boyantes ciudades del norte de Francia se afirmó el estudio de las artes liberales, característico del mundo medieval: las

⁸ René Fédou, *El Estado en la Edad Media* (Madrid: EDAF, 1977); Haskins, *The Renaissance*; Kraye, *Introducción al humanismo*.

⁹ Haskins, *The Renaissance*.

¹⁰ Ernest H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval* (Madrid: Alianza, 1985), 99; Haskins, *The Renaissance*, 101.

artes accesibles a los hombres libres, que tenían el tiempo y los recursos no sólo para aprender latín y estudiar los textos clásicos, sino para ejercer libremente su ocio y pensamiento; no estaban condenados a practicar las artes serviles. El aprendizaje de las artes liberales estaba basado en la separación del *trivium* y el *quadrivium*. El *trivium* consistía en el estudio de la retórica, la dialéctica y la gramática, o sea, la profundización del estudio del latín, base y condición para la incursión en el *quadrivium*: la parte más especializada y científica de las artes; compuesto por aritmética, geometría, astronomía y música. Estas artes, consideradas científicas, requerían un mayor conocimiento y dominio del latín, un privilegio que muy pocos tenían en la sociedad medieval; constituía el nivel de estudios más alto de las universidades de entonces, una distinción contra la que se rebelarían muchos humanistas medievales y renacentistas.¹¹

Además de ello, muchos humanistas del Renacimiento se rebelaron contra la institucionalidad académica medieval, no sólo por su escolasticismo, también por su nacionalidad, ya que el gran desarrollo de las letras y la filosofía en las ciudades del norte de Francia incomodaba al siempre vivo patriotismo italiano. Si en lo concerniente al desarrollo cultural europeo hubo una cierta continuidad entre Francia, Alemania e Italia, en términos de inclinación académica y patriotismo hubo una considerable ruptura. De este modo, las ideas sobre el oscurantismo que algunos humanistas italianos se formaron acerca de la Edad Media se debieron, sobre todo, al contraste de su época con el pasado reciente de la península italiana, de muy escaso desarrollo intelectual, lo que no fue así en el resto de Europa, en particular en Francia, donde hacía siglos que se venía observando una gran efervescencia cultural.¹²

¹¹ Jacques Le Goff, editor, *L'uomo medievale* (Bari: Laterza, 1993), 201-233.

¹² Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (México: FCE, 1993); Paul, *Historia intelectual*.

A pesar de que el Renacimiento del siglo XII tuvo lugar primordialmente en el norte de Francia, en Italia hubo dos sedes de gran florecimiento: Montecassino y Bolonia. En la abadía de Montecassino se desarrolló, con gran vigor, el arte del dictamen, el *ars dictaminis*, o arte de escribir cartas: una técnica y ocupación que tendría gran relevancia para el humanismo renacentista, pues dio origen a varias generaciones de dictadores, fundamentales en el regreso al estudio y análisis de los clásicos latinos, quienes llevaron el arte de escribir cartas a un nivel de sofisticación y rigor técnico notable. Crearon una estructura a la que debían apegarse las cartas, sobre todo las oficiales, formada de cinco secciones cuyo contenido y cometido estaba muy bien especificado. En esta tradición ocupa un lugar distinguido Alberico de Montecassino, quien legó varios tratados sobre esta materia donde dejó constancia del grado de avance que se había logrado en la materia, lo cual fue fundamental para el posterior desarrollo en Bolonia.¹³ El mismo Maquiavelo dio cuenta de la importancia que todavía se confería en su época al *ars dictaminis*, pues en una carta de 1522 dirigida a su amigo Rafael Girolami, quien fue designado embajador en España, le hace ver la importancia de los comunicados oficiales y se explaya en aspectos muy específicos de este tipo de cartas.¹⁴

Poco después y ligeramente al norte de Bolonia, en Padua, aparecieron dos grandes autores, dos personajes que desde algunas perspectivas bien podrían considerarse los primeros humanistas: Lovato dei Lovati (1241-1309) y su discípulo, Albertino Mussato (1261-1309). Lovato dei Lovati fue uno de los primeros humanistas italianos que iniciaron y recomendaron la aproximación directa a los clásicos latinos, contribuyó a la consolidación del método crítico para su estudio y análisis, sentando

¹³ Paul O. Kristeller, *El pensamiento renacentista y sus fuentes* (México: FCE, 1982), 44; Haskins, *The Renaissance*, 140.

¹⁴ Nicolás Maquiavelo, *Epistolario 1512-1527* (México: FCE, 2013), 254-258.

las bases sobre las cuales trabajaría Petrarca. Lovati fue un duro crítico de la sociedad nobiliaria de su época, una actitud que recogió su discípulo Mussato, autor de la célebre tragedia *Ecerinis*, la cual bien puede ser considerada el primer manifiesto humanista en contra de la tiranía, pues presenta al protagonista de la obra, Ezzelino da Romano (1194-1259), tirano de Verona y Padua, como un hombre violento y reprobable, enemigo de las libertades comunales, al cual el mismo Dante colocó en el infierno en el Canto XII de la *Divina comedia*.¹⁵

Ambos, así como el célebre Marsilio de Padua (1275-1343), son muestra evidente de la gran ebullición cultural que había en aquella ciudad, al grado de convertirla en otro foco de desarrollo cultural: fue el marco de la constitución de su prestigiosa universidad en 1222.

De este modo, la gran trilogía de escritores florentinos de los siglos XIII y XIV formada por Dante Alighieri (1265-1321), Francisco Petrarca (1304-1374) y Giovanni Boccaccio (1313-1375) se conecta directa y secuencialmente con esta corriente de pensamiento humanista; viene a desbordar la escena cultural al grado que muchos especialistas consideran a Petrarca el primer gran humanista y no a Lovati.¹⁶ El propio Maquiavelo acredita el protagonismo y legado de esta tríada de autores en la cultura italiana, no sólo reconocía su grandeza, sino que eran sus autores recurrentes, favoritos, cotidianos.¹⁷

Petrarca fue un acucioso lector de los clásicos latinos, además, compartió con los humanistas de su época el rechazo y repudio hacia los tiranos, al grado de que su célebre poema épico *África* critica abiertamente a los emperadores romanos; acompañó el espíritu de Mussato y sentaron las ba-

¹⁵ Angelo Mazzocco, *Interpretations of Renaissance Humanism* (Leiden-Boston: Brill, 2006), 22; Kraye, *Introducción al humanismo*, 27.

¹⁶ Wallace Ferguson, *The Renaissance in Historical Thought* (Cambridge: Houghton, 1948), 26. María Morrás, editora, *Manifiestos del humanismo* (Barcelona: Península, 2000), 13, 53. Vespasiano, *Renaissance Princes, Popes & Prelates* (Nueva York: Harper Torchbooks, 1963), 14.

¹⁷ Maquiavelo, *Epistolario*, 80, 135, 162.

ses del espíritu republicano renacentista, preparando el terreno para obras como *Laudatio florentinae urbis* (ca. 1403) de Leonardo Bruni, la cual puede considerarse el himno más reconocido del humanismo cívico.¹⁸ En este sentido, Petrarca escribió también una vibrante arenga *A los romanos*, donde dice, por ejemplo: “Y como ahora veis, en todas partes y con igual ansia, Italia finalmente despierta, grita por la libertad, pide la libertad con las armas y con su valor”, una emoción y un sentido que repercuten con claridad en la arenga con que Maquiavelo concluyó *El príncipe*.¹⁹

A pesar de las cumbres que alcanzaron las letras italianas de la mano de estos tres grandes, no podría decirse que formaran un bloque que cimentara y protagonizara el desarrollo del humanismo; a excepción de Petrarca, ni Dante ni Bocaccio se pueden considerar propiamente precursores del humanismo: Bocaccio no trató especialmente los temas característicos del humanismo, y el mismo Dante es concebido más como un representante del pensamiento medieval que del humanismo renacentista, lo cual no resta absolutamente nada a su calidad y logros literarios. Más allá de reconocer sus enormes méritos literarios, Maquiavelo recriminó a Dante su poco patriotismo, su casi nulo compromiso republicano con su tierra natal: Florencia. Es sintomático y revelador que su *Diálogo en torno a nuestra lengua*, escrito muy peculiar dentro de su producción teórica, lo dedicara en específico a la crítica y refutación de algunas ideas de Dante sobre la lengua florentina, las cuales consideraba poco patrióticas.²⁰

Para fines del siglo xiv y principios del xv sobrevino toda una generación de grandes y brillantes humanistas como Coluccio Salutati (1331-1406), Leonardo Bruni (1369-1444), Poggio Bracciolini (1380-

¹⁸ Francisco Petrarca, *La lira y el laurel* (México: UAM, 2013); Giuseppe Toffanin, *Historia del humanismo* (Buenos Aires: Nova, 1953), 213; Mazzocco, *Interpretations of Renaissance*, 215-242.

¹⁹ Nicolás Maquiavelo, *El príncipe* (Madrid: Alianza, 2010), 160; Eugenio Garin, *El Renacimiento italiano* (Barcelona: Ariel, 2012), 46; Eugenio Garin, *L'umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento* (Bari: Laterza, 2008), 26.

²⁰ Nicolás Maquiavelo, *Diálogo en torno a nuestra lengua* (Madrid: Alianza, 2012).

1459), León Batista Alberti (1404-1472), Matteo Palmieri (1406-1475), Lorenzo Valla (1405-1457), Francisco Barbaro (1390-1454), Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494) y un largo etcétera.²¹

Esta larga y continuada serie de reconocidos humanistas ha dado origen a una de las polémicas más pertinentes y fructíferas sobre la materia, protagonizada en primera línea por Hans Baron y Quentin Skinner, quizá los dos más grandes especialistas en el tema.

En su clásico libro *The Crisis of the Early Italian Renaissance* de 1955, Hans Baron planteaba que al inicio del siglo xv se dio todo un movimiento de grandes humanistas italianos, caracterizados por su patriotismo y republicanismo, por lo que acuñó el concepto *humanismo cívico* para referirse a este movimiento intelectual.²²

Baron identifica de manera exacta el cenit de esta transformación: señala el año de 1402 por ser crucial tanto en la historia política como en la cultura de Florencia. En ese año, con gran simbolismo, la ciudad enarboló los valores e instituciones republicanos y venció a las tropas de Gian Galeazzo Visconti, quien no sólo representaba la amenaza expansiva de Milán sino que, simultáneamente, implicaba los valores e instituciones del gobierno señorial y tiránico que el duque había consolidado al interior de su Estado.²³

Esa experiencia apoteótica y heroica de Florencia inflamó la vena patriótica y militar de la ciudad; también sentó las bases e impulsó la exaltación de los valores y la potencia de la vida republicana, destacando las cualidades y virtudes de los florentinos, así como las bondades y posibilidades de los ideales republicanos.

²¹ Skinner, *Los fundamentos*; Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance* (Princeton: Princeton University Press, 1966); Eugenio Garin, *La revolución cultural del Renacimiento* (Barcelona: Crítica, 1984), 75-105.

²² Baron, *The Crisis of the Early Italian*.

²³ Baron, *The Crisis of the Early Italian*, 191-211.

Baron plantea y defiende la idea de que estos acontecimientos históricos inspiraron y alentaron la concepción y escritura de la *Laudatio Florentinae Urbis* de Leonardo Bruni, escrita entre 1403 y 1404, un documento fundamental en la historiografía de la literatura republicana y texto básico para la construcción de la teoría del humanismo cívico de Hans Baron.²⁴

Tiempo después, Quentin Skinner documentó en *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (1978) que no era en los albores del siglo xv donde había que ubicar el desarrollo de este humanismo, sino que bien podía y debía remontarse hasta el siglo xii, con la profusión de los dictadores y el auge general del *ars dictaminis*; refutó explícitamente la tesis de Baron.²⁵

Skinner hace notar que desde el siglo xii existieron una cultura y una conciencia de la defensa de la libertad republicana, las cuales adquirieron fortaleza a partir del siglo xiii. Explica cómo en esta época se desarrolló, con gran vigor, el estudio de la retórica romana, que implicaba modelos formales de escritura y discurso público, también llevaba imbuida la defensa de la libertad republicana, existente en muchas ciudades italianas.

Aunque Skinner brinda como ejemplos de esta cultura a Albertino Mussato y al cronista Dino Compagni, en realidad basa su argumentación en Brunetto Latini y sus *Libros del tesoro*, texto compuesto alrededor de 1260, sobre el cual cimenta su tesis de que desde aquella época había un gran vigor y conciencia en cuanto a la defensa de la libertad republicana en Florencia y otras ciudades.²⁶

Para interceder en este debate, Maurizio Viroli detalla cómo en toda esta época, sobre todo a partir del siglo xiii, se da además de una transformación del pensamiento político, un cambio en el lenguaje político mismo; si bien los humanistas de este periodo hablaban de la política como esa noble actividad de organización de la vida republicana —en-

²⁴ Baron, *The Crisis of the Early Italian*, 223.

²⁵ Skinner, *Los fundamentos*, 47.

²⁶ Skinner, *Los fundamentos*, 43-69.

tendiendo por república “la comunidad de individuos que viven conjuntamente de acuerdo a la justicia y bajo el gobierno de la ley”—,²⁷ la literatura política del siglo xvi ya no habló de política sino de razón de Estado, para referir al hecho de que los gobernantes y sus consejeros estaban interesados sólo en las bases y operación de los instrumentos para la conquista y conservación del poder político, sin contar con consideraciones éticas o de valor.²⁸

De las múltiples interpretaciones e implicaciones que tienen una y otra postura, destaca el que mientras la opinión de Hans Baron exalta y destaca la intensidad, localización y tempestuosidad del humanismo renacentista de principios del siglo xv, Skinner contempla su desarrollo como una tendencia de larga duración, como una transformación cultural que tomó varios siglos en madurar y aflorar.²⁹

Arte y oficio de los humanistas

Desde la perspectiva de Skinner, los humanistas renacentistas son herederos directos de los dictadores medievales: entre los siglos xii y xv continuaron su actividad al grado de convertirla en toda una tradición; aunque, como se ha visto, según Baron hay una sustitución más abrupta, un brote más localizado a principios del siglo xv.

En un caso y otro, atendiendo a los estudios realizados por muchos especialistas —como Eugenio Garin y Paul O. Kristeller—, los vínculos y semejanzas entre los humanistas renacentistas y los dictadores medievales son múltiples e intensos, incluyendo, en buena medida, su posición social

²⁷ Maurizio Viroli, *Dalla politica alla ragion di stato. La scienza del governo tra xii e xvii secolo* (Roma: Donzelli, 1994), 5.

²⁸ Viroli, *Dalla politica alla ragion*, 155-184.

²⁹ Garin, *L'umanesimo italiano*; Mazzocco, *Interpretations of Renaissance*.

y el tipo de actividad ocupacional que desarrollaban. Marsilio Ficino (1433-1499), fundador y guía de la Academia Platónica de Florencia, probablemente el filósofo más significativo de la época, decía en referencia al momento cultural que estaba viviendo Florencia: “Este siglo, en efecto, como áureo, ha vuelto a traer a la luz a las artes liberales ya casi desaparecidas, la gramática, la retórica, la poesía, la oratoria, la pintura, la escultura, la arquitectura, la música y el antiguo sonido de la lira órfica. Y eso en Florencia”.³⁰

Así como en la época de la república de Roma la retórica tuvo un gran desarrollo, debido a la práctica y la necesidad de hablar en público, de hacer discursos y proclamas con el propósito explícito de presentar ideas y propuestas para convencer al auditorio de llevarlas a cabo;³¹ en la época del imperio las cosas cambiaron sustancialmente. La retórica pareció perder sentido; las decisiones políticas ya no tenían lugar en el espacio abierto, no se producían a partir de la interacción entre el orador y la asamblea, sino que se trasladaron a otro espacio: el gabinete del emperador, en donde ya no valía la retórica, sino la expresión escrita, las instrucciones dadas por el emperador a todos sus dominios.³²

En los últimos años del imperio y durante algunos siglos posteriores a su caída, la Iglesia fue la única organización que siguió valiéndose del discurso público, con el fin de persuadir e incidir en una vasta audiencia, aunque no con propósitos políticos, sino meramente religiosos.³³

Al pasar el tiempo y con el cambio de la fisonomía estatal, la retórica fue sustituida en buena medida por el *ars dictaminis*: el arte de escribir cartas. Luego de la turbulencia, desorganización y reacomodo de los siglos V al VIII, en coincidencia con el periodo merovingio —el cual no sólo

³⁰ Garin, *El Renacimiento italiano*, 89.

³¹ Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Madrid: Alianza 1987), 27-67.

³² Kraye, *Introducción al humanismo*, 24.

³³ Le Goff, editor, *L'uomo medievale*.

imposibilitó el ejercicio de la retórica, sino de casi cualquier intercambio cultural de alguna complejidad—, no se recuperó cierto orden hasta la restauración del imperio por Carlomagno, en el 800, y la consecuente reinstauración del papado. La reorganización administrativa que impulsó Carlomagno no sólo estabilizó la vida social y política del imperio, además, permitió darle un fuerte impulso al latín, pues las necesidades de comunicación con los territorios del imperio y con el resto de los Estados europeos requirieron una lengua franca.³⁴

Con la reactivación económica y política, el latín no sólo recuperó la importancia educativa y cultural que tenía, también acentuó su relevancia para los fines comerciales, administrativos, las relaciones internacionales y la organización eclesiástica. De los textos humanistas más ilustrativos en cuanto a la importancia de la lengua latina en la historia y la actualidad renacentista italiana fueron las *Elegancias* de Lorenzo Valla, donde analiza las enormes repercusiones históricas, políticas, literarias y culturales del latín.³⁵

Estos nuevos requerimientos de la vida social y política exigieron la presencia de personas que supieran latín y tuvieran una preparación importante en gramática, retórica y dialéctica, las famosas artes liberales del *trivium*, así como conocimientos del corpus jurídico más importante del que hasta entonces hubiera dispuesto la humanidad: el derecho romano, única tradición jurídica a la cual podía recurrir la sociedad medieval. Por la escasa información biográfica con que contamos de la juventud de Maquiavelo, no se puede inferir que estudiara derecho; lo que se puede establecer con toda certeza es que su padre sí era doctor en derecho, y poseía una pequeña biblioteca sobre la materia, de la cual hacía uso frecuente el propio Nicolás.³⁶

³⁴ Pirenne, *Historia de Europa*.

³⁵ Morrás, *Manifiestos del humanismo*, 75-96.

³⁶ Niccolò Capponi, *An Unlikely Prince. The Life and Times of Machiavelli* (Cambridge: Da Capo, 2010); Roberto Ridolfi, *Vida de Nicolás Maquiavelo* (México: Renacimiento, 1961); Pasquale Villari, *Maquiavelo: su vida, su tiempo* (México: Gandesa, 1958).

A la par que se instituyeron las funciones y ocupaciones de los dictadores medievales, éstos miraron en retrospectiva hacia la antigüedad romana, no sólo como parte de una peculiar curiosidad intelectual, un mero recuerdo nostálgico o una moda por satisfacer egos y vanidades; se dirigieron a ella en busca de modelos, ejemplos y fórmulas expresivas que habían funcionado en el pasado, que probaron su efectividad. Como menciona Kristeller, los intereses intelectuales de los humanistas no se enfocaron en la teología ni en la filosofía, de las cuales renegaron de múltiples maneras, sino en la literatura latina.³⁷ Así lo ejemplifica también Maquiavelo, quien en una famosa carta dirigida a su amigo Francesco Vettori, del 10 de diciembre de 1513, comenta cómo pasa las tardes leyendo entretenido a los antiguos y cómo, a partir de las notas y comentarios que ha escrito, ha creado su libro *El príncipe*; metodología muy similar a la que siguió para su otro gran libro de teoría política: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.³⁸

Las monarquías europeas y las repúblicas italianas medievales requirieron una gran cantidad de servidores públicos: notarios, senescales, cancilleres, embajadores, pedagogos, etcétera; todo un conjunto de servidores que necesitaban valerse de la lengua escrita, pues de un modo u otro tenían que escribir comunicaciones y, por tanto, aprender las bases del *ars dictaminis*. Aun cuando muchos grandes humanistas fueron clérigos o pasaron por los claustros, podría decirse que, con el tiempo, su profesión se fue secularizando y adquirieron una mayor conciencia corporativa y profesional; en contraste con la anterior élite intelectual y cultural —los escolásticos y clérigos cultos—, muchos de ellos al servicio de un Estado medieval tiránico, repudiado por varios de los más grandes humanistas y

³⁷ Kristeller, *El pensamiento renacentista*, 40.

³⁸ Maquiavelo, *El príncipe*; Maquiavelo, *Epistolario*.

por el mismo Maquiavelo, quien en diferentes escritos mostró su rechazo y desprecio por los clérigos.³⁹

Para todos estos humanistas la educación clásica dejó de ser un privilegio y se convirtió en un recurso profesional, una necesidad laboral y un surtidor ideológico. En la vida pública de muchos Estados medievales se volvió hasta cierto punto familiar el uso del latín, así como muchos personajes, instituciones, ideas y hechos de la antigua Roma, esto hizo del arte y la profesión de los dictaminadores algo imprescindible. Maquiavelo lo demuestra de forma palmaria en sus obras más importantes, al recurrir a ejemplos tanto contemporáneos como antiguos.

El gran humanista Enea Silvio Piccolomini, más conocido por el nombre que asumió al convertirse en el papa Pío II (1458-1464), lo reconocía de esta manera:

Por muchas cosas es digna de alabanza la sabiduría de los florentinos pero sobre todo por su costumbre de no prestar atención, en el momento de elegir a su canciller, a la sabiduría jurídica, como lo hacen en muchas ciudades, sino a la capacidad oratoria y a lo que llaman estudios de humanidades.⁴⁰

Una idea muy similar se encuentra en una interesantísima carta de Leonardo Bruni, en donde expone un principio y convicción medular en sus planteamientos, de gran relevancia para el humanismo en su conjunto: afirma y explica que la literatura puede ser una base mucho más sólida que el derecho para cimentar la virtud y el buen juicio de los hombres.⁴¹

³⁹ Mazzocco, *Interpretations of Renaissance*, 37-71; Kraye, *Introducción al humanismo*, 24; Maurizio Viroli, *Machiavelli's God* (Princeton: Princeton University Press, 2012).

⁴⁰ Garin, *El Renacimiento italiano*, 68.

⁴¹ Garin, *El Renacimiento italiano*, 68, 103; James Hankins, *Renaissance Civic Humanism* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000).

De la vida contemplativa a la vida activa

En marzo de 1513, al ser liberado de la prisión que por casi un mes le impusieron los Medici (debido a su supuesta pero falsa participación en una conspiración en su contra), Maquiavelo marchó a su quinta de San Andrea en Percussina, a las afueras de Florencia, con el propósito de recluirse y aislarse de todo lo que tuviera que ver con el mundo exterior. Apenas al mes siguiente, le confesaba a su amigo Francesco Vettori su malestar por la ociosidad e inactividad a las cuales se había condenado, le comentó sentirse consumir en ese aislamiento. A raíz de ello, inició con su amigo una intensa y apasionante correspondencia referente a los problemas políticos de Florencia y la situación internacional europea del momento, lo que constituyó, sin duda alguna, el primer indicio y ensayo de la posterior proyección y redacción de *El príncipe*.⁴²

Maquiavelo poseía una arraigada y persistente vocación pública, era un hombre de acción política, un individuo cuya existencia cotidiana y, sobre todo, cuyo pensamiento político y social, estaban inspirados en la vida activa que tanto ensalzaron los humanistas de su tiempo.⁴³

Los humanistas renacentistas asumieron que el modelo de vida para el ser humano debía ser la vida activa, la vida de esfuerzo, trabajo y empeño; para ellos, la naturaleza humana no podía expresarse mejor que por medio del *homo faber*.⁴⁴ un modelo de vida basado en la utilización intensiva de la fuerza física e intelectual; una disposición que no sólo lo reconciliaba y fundía con su entorno físico, también con su medio social,

⁴² Ridolfi, *Vida de Nicolás Maquiavelo*; Capponi, *An Unlikely Prince*; Maquiavelo, *Epistolario*.

⁴³ J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico* (Madrid: Tecnos, 2002); Neal Wood, "Machiavelli's Human Action" en Anthony Parel, editor, *The Political Calculus* (Toronto: Toronto University Press, 1972).

⁴⁴ Garin, *El Renacimiento italiano*, 212.

haciéndole parte abigarrada de la actividad humana, inserto en el torbellino de la acción social de muchos otros individuos.⁴⁵

Desde inicios de la Edad Media comenzó a difundirse y normalizarse el modelo de vida contemplativa, el cual implicaba un alejamiento de la vida social, un distanciamiento respecto al torbellino de pasiones y emociones que conllevan las relaciones humanas, del que muchos de sus participantes se alejaron y huyeron.

El cristianismo predicó como el mejor modo de vida posible el ascetismo, el aislamiento y el retiro del individuo a su mundo interior, único medio para mantenerse inmune frente a la corrupción del mundo exterior y alcanzar la paz espiritual. Maquiavelo ensalzaba la religión romana por animar el arrojo y esfuerzo de los hombres, mientras reprochaba al cristianismo su prescripción ascética y pasiva: “La religión antigua, además, no beatificaba más que a los hombres llenos de gloria mundana, como los capitanes de los ejércitos o los jefes de las repúblicas. Nuestra religión ha glorificado más a los hombres contemplativos que a los activos”.⁴⁶

De este modo, la reclusión y el enclaustramiento promulgados por el cristianismo como mejor modelo de vida se convirtieron en la forma más radical de distanciamiento y retiro de la vida social, de renuncia a los placeres y tentaciones de la vida mundana y, sobre todo, de separación del ámbito público, es decir, un camino de santidad y comunión divina.

San Agustín había hecho la distinción entre la vida activa y la vida contemplativa, pero no las había concebido como excluyentes; consideraba que ambas formaban parte de un mismo proceso, eran dos etapas para constituir la voluntad y la sabiduría. Ciertamente, San Agustín condenó el apetito de gloria y admiración, no veía en ello ninguna otra cosa

⁴⁵ Hanna Arendt, *The Human Condition* (Chicago: The Chicago University Press, 1998); André Chastel y Robert Klein, *El humanismo* (Navarra: Alianza, 1971), 40.

⁴⁶ Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década*, 198.

más que vicio y depravación; eso no significaba una condena absoluta a la vida activa.⁴⁷

En su origen, el cristianismo estuvo inspirado por un profundo espíritu comunitario, de cooperación fraterna; sin embargo, también, hubo ciertas tendencias eremíticas, algunas inclinaciones al aislamiento y la separación, que ni siquiera le eran exclusivas pues otras religiones orientales las habían practicado. Fue con el cristianismo que esta práctica se institucionalizó: el monástico construyó su monasterio, se convirtió en un individuo sometido a una regla, integrada a un clero regular.⁴⁸

Todo este desarrollo institucional del ascetismo propició la distinción y separación de la vida activa con respecto a la contemplativa. Lo que en ciertas circunstancias había formado un binomio inseparable, una relación dialéctica, se convirtió en una ecuación asimétrica, donde se antepuso y sobrevaloró el modo de vida contemplativo, con la condición y necesidad del cercenamiento de toda relación social, la ruptura de todo contacto con el mundo material, para sustituirlo por un vínculo celestial y divino. Como lo dice Coluccio Salutati en una de sus cartas más difundidas:

No creas ¡oh mi peregrino!, que huir de la gente, evitar la vista de las cosas placenteras, encerrarse en un claustro o apartarse a un yermo constituya el camino de la perfección... la vida activa de la que huyes, debe ser practicada, ya sea por ejercitar la virtud, ya por la necesidad de amor. En realidad, como dijo Aristóteles, es mejor filosofar que enriquecerse, pero filosofar no ha de ser elegido por aquel que esté falto de lo necesario para ello.⁴⁹

⁴⁷ Robert A. Bonnell, "An Early Humanistic View of the Active and Contemplative Life", *Italica*, vol. 43, núm. 43 (1966): 225-239. Bruce McNair, "Cristoforo Landino and Coluccio Salutati on the Best Life", *Renaissance Quarterly*, vol. 47, núm. 4 (1994): 747-769.

⁴⁸ Marcel Pacaut, *Monaci e religiosi nel medioevo* (Bologna: Il Mulino, 1989); Anna Rapetti, *Storia del monachesimo medievale* (Bologna: Il Mulino, 2013).

⁴⁹ Garin, *El Renacimiento italiano*, 139-141.

Burckhardt señaló al individualismo como una de las bases más importantes del Renacimiento. Se trataba de un individualismo que significaba la singularidad de los sentimientos individuales, posible y edificante sólo entre y frente a otros individuos. Más aún, para Burckhardt el individualismo renacentista tenía la peculiaridad y potencialidad de conducir al cosmopolitismo, que no es otra cosa sino afirmar la pertenencia del individuo a la comunidad humana, no sólo a la local, sino a la extensión más amplia de la comunidad de todo el género humano: el humanismo llevado a su máxima expresión. Este ideal cosmopolita adquirió mayor fuerza un par de siglos después, en los destellos iluministas, y en la actualidad sigue siendo una de las concepciones más nobles del humanismo.⁵⁰

Los humanistas renacentistas enfrentaron el desafío de la vida contemplativa del mundo medieval y cristiano, anteponiendo el modelo de vida activa recuperado de los romanos y potenciado por ellos mismos. Algunos adoptaron incluso una visión más equilibrada: admitieron la necesidad de ambas actitudes en el espíritu y pensamiento humanos.

Sin dejar de considerar la pertinencia y relevancia de la vida contemplativa, los humanistas pusieron énfasis en la parte activa del espíritu humano, asumieron plenamente que las condiciones de la vida del hombre y su destino futuro dependían por completo de él mismo, él era origen y fin de su propia acción. Así, en uno de los documentos más significativos del humanismo, el *Discurso de la dignidad del hombre*, Lorenzo Valla puso en boca de Dios las siguientes palabras dirigidas al hombre: “No te he creado ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que a modo de soberano y responsable artífice de ti mismo, te moldees en la forma que prefieras”.⁵¹ La mayor parte de los humanistas glorificaron al *homo faber*, al hombre que hace y se hace a sí mismo. Asumieron, en

⁵⁰ Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia* (México: Porrúa, 1984); Arendt, *The Human Condition*.

⁵¹ Morrás, *Manifiestos del humanismo*, 99.

palabras de León Battista Alberti, que los hombres son la causa de todo su bien y todo su mal; establecieron un paradigma sobre la virtud y la fortuna que sería uno de los rasgos más significativos del pensamiento de Maquiavelo.⁵²

La misma idea de la fortuna, en la teología romana una diosa singular, dominante de la voluntad humana, para los humanistas pierde ese carácter individual divino, se convierte en simple circunstancia y contingencia humana, deja de colocarse por encima de la voluntad y se presenta, al menos de forma parcial, a su alcance.

La idea de virtud dio así un vuelco total, ya no se atribuía a un hombre pasivo y aislado, contemplativo, que trataba de comunicarse y proyectarse hacia un mundo suprahumano; ahora debía suponerse propia del hombre activo, esforzado, empeñoso, el hombre dispuesto a enfrentar la fuerza de la naturaleza y sobreponerse a ella. En *Contra la astrología*, Pico della Mirándola lo expresaba de esta manera proverbial: “más grandes que los milagros del cielo son los del espíritu [...] nada hay aquí abajo más grande que el hombre; y en el hombre nada hay más grande que su espíritu y su alma”. La idea de virtud dejó de ser esa actitud de retraimiento del mundo exterior, de ensimismamiento espiritual, para transformarse en un recurso útil, práctico, efectivo.⁵³

Esto es uno de los más claros ejemplos del renacer de una idea antigua, proveniente de la antigüedad romana clásica, cuando la virtud atribuida y reconocida en los seres humanos era aquella conducta valerosa y porfiada de los individuos, una actitud tendiente a incidir en la vida social, a resolver problemas o enfrentar desafíos, lo cual era significativo y valorado socialmente.⁵⁴

La vida activa del individuo tenía repercusión no sólo en el ámbito laboral, industrial y material, sino, sobre todo, en la vida social, pre-

⁵² Harvey Mansfield, *Machiavelli's Virtue* (Chicago: The University of Chicago Press, 1998).

⁵³ Yvon Belaval, *La filosofía en el Renacimiento* (México: Siglo XXI, 1974), 64.

⁵⁴ Maurizio Viroli, *Per amore della patria. Patriotismo e nazionalismo nella storia* (Bari: Laterza, 2001).

ponderantemente en la vida pública, el *vivere civile*, una expresión tan significativa en el pensamiento de Maquiavelo.⁵⁵ Leonardo Bruni inició el Proemio de su muy conocido *Diálogo a Pier Paolo Vergerio*: “Es antiguo el dicho del sabio que dice que para ser feliz el hombre debe tener ante todo una patria ilustre y noble”.⁵⁶

Por esta razón, los humanistas concedieron más atención y relevancia a la retórica que a la filosofía, voltearon la mirada no a sus antecesores intelectuales inmediatos —los filósofos medievales—, más bien se dirigieron más atrás, hasta los antiguos retóricos romanos. La vida pública que pretendían revivir colocaba a la retórica en una posición relevante, la volvía a hacer pertinente y necesaria; porque de nuevo era posible y deseable dirigirse al gran público, al conjunto de la comunidad, a fin de persuadir, convencer y alcanzar un propósito colectivo. Con frecuencia se empalma el rechazo a la filosofía atribuido al humanismo con el antiaristotelismo renacentista, lo cual se debe, en buena medida, a que Aristóteles y la filosofía en general se asociaban a la escolástica medieval, lo cual explica la inclinación a la retórica y el retorno a Platón de algunos humanistas.⁵⁷ A pesar de la existencia, en cierta medida, de esta reticencia y desagrado, la crítica y la cerrazón, el rechazo no fue absoluto. Un texto muy ilustrativo sobre la percepción que tenían los humanistas de la filosofía lo ofrece Angelo Poliziano, consejero de Lorenzo el Magnífico, uno de los humanistas más renombrados del Quattrocento, quien en su escrito *Lamia: La bruja* ofrece una breve introducción al pensamiento de Aristóteles, así como una descripción muy vivaz de lo que significaba ser un filósofo en el Renacimiento.⁵⁸

⁵⁵ Pocock, *El momento maquiavélico*, 140; Wood, “Machiavelli’s Human Action”.

⁵⁶ Eugenio Garin, editor, *Prosatori latini del Quattrocento* (Turín: Einaudi, 1976), 45.

⁵⁷ Toffanin, *Historia del humanismo*; Kristeller, *El pensamiento renacentista*, 52-92.

⁵⁸ Pedro R. Santidrián, editor, *Humanismo y Renacimiento* (Madrid: Alianza, 2007), 93-124; Marco Geuna, “Skinner, Pre-Humanism Rhetorical Culture and Machiavelli” en Annabel Brett, et. al., *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought* (Cambridge: Cambridge University Press, 2006), 50-72.

De los múltiples usos que se le dieron a Platón en la época, éste fue uno de los más relevantes; así como planteó en *La república* que el timón del Estado debía ser confiado a un hombre sabio, debía entenderse que la sabiduría estaba mejor empleada si se usaba para el bien social; no para encerrarse en el claustro, sino para servir a la comunidad y mejorar la vida pública.

En abierto contraste con la Edad Media, la vida activa que ponderaron los humanistas también se proyectó al ámbito económico, a los bienes materiales y la riqueza. Si bien Isidoro de Sevilla condenó la acumulación de dinero como un pecado capital y Francisco de Asís exaltó y sacralizó la pobreza, proponiéndola como el mejor modo de vida, la mayor parte de los humanistas revaloró y resignificó la riqueza y el dinero, considerando que eran necesarios no sólo al hombre individual y a la sociedad, sino también al Estado. El mismo Santo Tomás precedió y acompañó a los humanistas en esta opinión, en la *Summa theologiae* defendió abiertamente el principio de riqueza. Más aún, hábitos y actitudes como la usura y la avaricia fueron reconsiderados, pues como dijera Poggio Bracciolini: “El dinero es necesario al Estado [...] las riquezas sólo se pueden acumular con avaricia [...] los pobres no se ayudan a sí mismos ni a los demás”.⁵⁹

Libertad republicana y humanismo cívico

El humanismo renacentista, sobre todo el de los siglos XIV y XV, fue un movimiento cultural fuertemente imbuido de ideales sociales y políticos, que buscó rescatar de la antigüedad valores republicanos, cívicos y ciudadanos como medio para recomponer y mejorar la vida política de las ciu-

⁵⁹ Garin, *El Renacimiento italiano*, 117; Jacques Le Goff, *Lo sterco del diavolo. Il denaro nel medioevo* (Bari: Laterza, 2010); Hans Baron, *En busca del humanismo cívico florentino* (México: FCE, 1993), 138-152.

dades italianas renacentistas. Aun cuando en el siglo XVI los humanistas sirvieran por igual a príncipes y repúblicas, como el propio Maquiavelo en Florencia, conservaron en buena medida su impronta republicana original, su humanismo cívico, para usar el término de Hans Baron.⁶⁰

En primera instancia, este humanismo se vio inspirado e impulsado por el renacer comunal de las ciudades italianas, por la revitalización de la vida pública, la difusión de las libertades republicanas y el igualitarismo político, el desarrollo del comercio y la economía, y por una transformación íntegra de la península itálica desde el siglo XII.⁶¹

Artistas plásticos como Ambrogio Lorenzetti dieron cuenta de este renacer republicano y su efecto en la sociedad y la economía. En los frescos que Lorenzetti pintó entre 1337 y 1340 para el Palazzo Pubblico de Siena, su ciudad natal, se da cuenta, mediante múltiples símbolos y alegorías, de las virtudes que promovía el *buon governo* en las diversas actividades y ocupaciones de la sociedad.⁶²

El humanismo puede considerarse, más que como un movimiento cultural o estilístico, una respuesta política y social a la crisis de valores del mundo medieval, a la desarticulación de los vínculos personales de lealtad y protección característicos del feudalismo, que perdieron su pertinencia y significado en la nueva vida urbana, en la realidad social y comercial de las ciudades italianas del fin del medioevo.⁶³

Fue sobre todo en el centro-norte de Italia donde el humanismo se desarrolló con mayor intensidad, precisamente la zona en donde hubo una vida comunal más vigorosa. A pesar de ser un área que nominalmente se hallaba bajo la égida del imperio, desde los tiempos de Barbarroja

⁶⁰ Chastel y Klein, *El humanismo*, 38; Baron, *The Crisis of the Early Italian*.

⁶¹ Lauro Martines, *Power and Imagination. City-States in Renaissance Italy* (Nueva York: Alfred A. Knoff, 1979).

⁶² Quentin Skinner, *El artista y la filosofía política* (Madrid: Trotta, 2009), 87-116.

⁶³ Mazzocco, *Interpretations of Renaissance*, 33.

las ciudades ahí asentadas se habían ganado un margen de autonomía e independencia, que conservaron por mucho tiempo, en algunos casos ya bien entrada la época moderna.⁶⁴

En los humanistas del Renacimiento había también una clara conciencia de la relación entre la literatura y el espíritu nacional y patriótico, pues muchos de ellos consideraban que la historia de los pueblos no se componía sencillamente de hechos históricos, objetivos; sino que estaba conformada también por el relato histórico, la narración de las gestas populares, la significación e interpretación de cada acontecimiento social y político, tal y como lo expresa Maquiavelo en su *Historia de Florencia*, donde, desde la primera línea, expresa que su propósito fue “escribir las empresas del pueblo florentino”.⁶⁵ Así, las hazañas de los hombres ilustres podían ser irrelevantes y anónimas si no eran relatadas y ensalzadas por escritores igualmente ilustres.⁶⁶

Durante la Baja Edad Media, la población de la mayoría de estas ciudades italianas sobrellevaba sin gran problema el dominio nominal del imperio. Esto se debía, en buena medida, a que Roma era recordada sobre todo como un imperio, es decir, el medioevo asumió que la herencia recibida de Roma era la de la época imperial, no la precedente y más lejana de la Roma republicana. Roma evocaba la idea de un imperio caído, una gran parte de las expectativas políticas que se forjaron los hombres de la época residía en restaurar el imperio, volver a la convivencia de la cristiandad y de la misma humanidad bajo el cobijo de un imperio universal.⁶⁷

Figuras tan prominentes de la cultura italiana como Dante, Petrarca o Marsilio de Padua añoraban el imperio y añoraban su restauración. Pro-

⁶⁴ Antony Black, *El pensamiento político en Europa, 1250-1450* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996); Martines, *Power and Imagination*.

⁶⁵ Nicolás Maquiavelo, *Historia de Florencia* (Madrid: Tecnos, 2009), 23.

⁶⁶ Garin, *El renacimiento italiano*, 111.

⁶⁷ Haskins, *The Renaissance*, 118.

bablemente ellos y muchos otros evocaban al imperio por las bondades atribuidas al dominio universal, además de ser contrapeso o contención de las pretensiones del papado, como lo ejemplifica el caso de Marsilio, crítico implacable de las ambiciones de gobierno terrenal del papa.⁶⁸

A pesar de que muchos humanistas aceptaban la idea de un gobierno monárquico, ya fuese imperial o local, el humanismo renacentista, en particular el florentino, se originó y desarrolló valorando y exaltando la antigüedad republicana de Roma.⁶⁹ El efecto de la herencia romana no se limitaba a la vertiente institucional, también se manifestaba en el plano teórico e ideológico. A pesar de que las traducciones al latín de las obras de Aristóteles no comenzaron a circular sino a partir de 1260, provocando un impacto contundente en el ambiente intelectual de la época, los humanistas acusaron una fuerte influencia de autores romanos como Cicerón, Séneca o Tito Livio, al grado que la teoría de las formas de gobierno de Aristóteles causó un impacto menor comparado con la determinación republicana de los autores romanos.⁷⁰

De esta manera, como se dijo antes, Hans Baron resaltó a Leonardo Bruni como el primer gran humanista: trató de infundir ánimos de grandeza y valor a los florentinos, y a los italianos en general, con el planteamiento de que Florencia no había sido fundada por Julio César, sino por Sila, es decir, no tenía un origen o espíritu imperial sino republicano, así trató de reanimar el ánimo republicano de la ciudad, para dar fuerza y vigor a su vida pública.⁷¹

⁶⁸ Marsilio de Padua, *El defensor de la paz* (Madrid: Tecnos, 2009); Pocock, *El momento maquiavélico*, 134; Black, *El pensamiento político en Europa*, 72.

⁶⁹ Maurizio Viroli, *Repubblicanesimo* (Bari: Laterza, 1999); Kraye, *Introducción al humanismo*, 161; Martines, *Power and Imagination*.

⁷⁰ Skinner, *El artista y la filosofía*, 115-116.

⁷¹ Hankins, *Renaissance Civic Humanism*, 223-246; Baron, *The Crisis of the Early Italian*; Toffanin, *Historia del humanismo*.

Los humanistas renacentistas eran partidarios de la vida republicana, aunque se presentaba una divergencia en torno a la amplitud que debía tener la república, es decir, al determinar si debía organizarse como un gobierno de *ottimati* (una república aristocrática), o bien, como un gobierno de *popolani* (una república democrática); como el mismo Maquiavelo, ambivalente en sus preferencias entre estos dos tipos de repúblicas.⁷²

De ahí que los humanistas asumieran como una labor principal la educación de la ciudadanía, para el ejercicio del gobierno popular. Su oficio como secretarios, consejeros y pedagogos los orilló a fungir como educadores de los nobles, incluso de las familias principescas, como lo muestra de nuevo el mismo ejemplo de Maquiavelo. Esta labor didáctica elitista no estaba desvinculada por completo de propósitos cívicos pues, como diría Guarino de Verona, la antigüedad exaltó a quienes educaban a los regidores, de este modo, por medio de uno solo, se reformaba la moral y costumbres de muchos otros.⁷³

Para Maquiavelo y muchos otros humanistas, la educación del príncipe debía ocuparse no sólo de asuntos prácticos o académicos, sino también del carácter y la personalidad, de sus principios éticos y cívicos.⁷⁴ Sin embargo, no puede tomarse esa base para aceptar la afirmación de Skinner de que Maquiavelo confiaba más en la personalidad y virtud de los gobernantes que en el diseño de las instituciones políticas para garantizar un buen gobierno.⁷⁵

Ante esta afirmación, habría que observar que todo el Libro I de los *Discursos* de Maquiavelo está dedicado a exponer los mecanismos e ins-

⁷² Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década*

⁷³ Felix Gilbert, *History. Choice and Commitment* (Cambridge: Harvard University Press, 1977), 91-114; Kraye, *Introducción al humanismo*, 160, 179.

⁷⁴ Giovanni Giorgini, "Machiavelli on Good and Evil: The Problem of Dirty Hands Revisited", en *Machiavelli on Liberty and Conflict*, de Johnson, David et al. (Chicago: University of Chicago Press, 2017), 59-60.

⁷⁵ Skinner, *Los fundamentos*, 153-163.

tituciones que debe tener una república para producir un buen gobierno, es decir, se concentra en el diseño de una república bien ordenada, concepto que denota la enorme importancia que Maquiavelo confería al diseño institucional de las repúblicas. En *El príncipe* abundan los señalamientos sobre la importancia de las leyes y las instituciones para el sostenimiento del principado, Maquiavelo advertía la posibilidad y conveniencia de subvertirlas sólo si el príncipe disponía de la prudencia y sensibilidad necesarias.

Así, encontramos en Maquiavelo un equilibrio dinámico y complejo entre los aspectos éticos y personales con los institucionales y estructurales, para sustentar la existencia de una república bien ordenada, idea recurrente y fundamental que emplea en buena parte de los *Discursos*, la cual concentra la importancia y significación de estos dos aspectos.

Conclusiones

El Renacimiento italiano forma parte de toda una corriente de desarrollo cultural que se remonta hasta el siglo XII, en ciertos aspectos, hasta el VIII. Ciertamente, no se trata de una corriente continua, progresiva y regular, pues el Renacimiento fue en sí mismo un gran salto en la historia del pensamiento y la sensibilidad europea; sin embargo, no puede negarse que en esos siglos previos hubo antecedentes importantes. Incluso, es conveniente notar que el marcado contraste con el pasado que se le ha atribuido no es precisamente una creación contemporánea, sino una concepción creada con deliberación y difundida por muchos de los grandes pensadores de la época, acentuando y exaltando las diferencias y rupturas que, a su juicio, los separaban del pasado mediato, sin reconocer grandes semejanzas o continuidades.

El mismo Maquiavelo es ejemplo de este gran salto en el pensamiento humano; no hay ningún otro pensador similar a él en los siglos previos. Es verdad que son de gran interés los escritos de Marsilio de Padua,

Guillermo de Okham o Juan de Salisbury, pero no ofrecen una construcción teórica equiparable o similar.

Maquiavelo era un típico humanista, no sólo por su educación, profesión o inclinaciones intelectuales, sino por sus propuestas. Varias de las ideas fundamentales de su pensamiento estaban presentes en muchos humanistas que le precedieron y en sus contemporáneos. Así, resaltan: la pertinencia de los pensadores políticos antiguos, la relevancia de la historia en el análisis político, la convicción sobre la inmutabilidad de la naturaleza humana, la preponderancia de la vida activa como signo vital de la humanidad, la idea de la virtud como mérito individual y, sobre todo, la gran valoración conferida a la vida republicana.

Todo esto permite observar que Maquiavelo formó parte de un ambiente y una tradición humanista, los cuales lo nutrieron y le dieron la oportunidad de desarrollar sus ideas políticas. Esto no quiere decir, en modo alguno, que se pase por alto que él en sí mismo es todo un hito y parteaguas en la historia del pensamiento político.

Como se ha revisado, el humanismo renacentista forma parte de un complejo estructural de condiciones políticas, sociales y económicas, dinámico y en desarrollo, que se puede rastrear desde varios siglos atrás; en sí mismo, significó uno de los grandes saltos que da la humanidad de cuando en cuando, los cuales señalan momentos significativos en sus cambios y transformación.

Referencias

- Arendt, Hanna. *The Human Condition*. Chicago: The Chicago University Press, 1998.
- Baron, Hans. *The Crisis of the Early Italian Renaissance*. Princeton: Princeton University Press, 1966.
- . *En busca del humanismo cívico florentino*. México: FCE, 1993.
- Belaval, Yvon. *La filosofía en el Renacimiento*. México: Siglo XXI, 1974.
- Black, Antony. *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- Bonnell, Robert A. “An Early Humanistic View of the Active and Contemplative Life”. *Italica*, vol. 43, núm. 43 (1966): 225-239.
- Burckhardt, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia*. México: Porrúa, 1984.
- Capponi, Niccoló. *An Unlikely Prince. The Life and Times of Machiavelli*. Cambridge: Da Capo, 2010.
- Chastel, André y Robert Klein. *El humanismo*. Navarra: Alianza, 1971.
- De Padua, Marsilio. *El defensor de la paz*. Madrid: Tecnos, 2009.
- Eco, Umberto, coordinador. *La Edad Media. I. Bárbaros, cristianos y musulmanes*. México: FCE, 2016.
- Fédou, René. *El Estado en la Edad Media*. Madrid: EDAF, 1977.
- Ferguson, Wallace. *The Renaissance in Historical Thought*. Cambridge: Houghton, 1948.
- Garin, Eugenio. *La revolución cultural del Renacimiento*. Barcelona: Crítica, 1984.
- . *L'umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento*. Bari: Laterza, 2008.
- . *El Renacimiento italiano*. Barcelona: Ariel, 2012.
- , editor. *Prosatori latini del Quattrocento*. Torino: Einaudi, 1976.
- Geuna, Marco. “Skinner, Pre-Humanism Rhetorical Culture and Machiavelli”. En *Rethinking the Foundations of Modern Political Thou-*

- ght*, editado por Annabel Brett et al., 50-72. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Gilbert, Felix. *History. Choice and Commitment*. Cambridge: Harvard University Press, 1977.
- Giorgini, Giovanni. "Machiavelli on Good and Evil: The Problem of Dirty Hands Revisited". En *Machiavelli on Liberty and Conflict*, editado por David Johnson et al. Chicago: University of Chicago Press, 2017.
- Hankins, James *Renaissance Civic Humanism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Haskins, Charles H. *The Renaissance of the 12th Century*. Nueva York: Meridian, 1957.
- Kantorowicz, Ernest H. *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza, 1985.
- Kraye, Jill, editor. *Introducción al humanismo renacentista*. Madrid: Cambridge University Press, 1998.
- Kristeller, Paul O. *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México: FCE, 1982.
- . *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*. México: FCE, 2005.
- Lafaye, Jacques. *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII)*. México: FCE, 2005.
- . *Lo sterco del diavolo. Il denaro nel medioevo*. Bari: Laterza, (2010).
- , coordinador. *Hombres y mujeres de la Edad Media*. México: FCE, 2018.
- , editor. *L'uomo medievale*. Bari: Laterza, 1993.
- Mansfield, Harvey. *Machiavelli's Virtue*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.
- Maquiavelo, Nicolás. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza, 1987.
- . *Historia de Florencia*. Madrid: Tecnos, 2009.

- _____. *El príncipe*. Madrid: Alianza, 2010.
- _____. *Diálogo en torno a nuestra lengua*. Madrid: Alianza, 2012.
- _____. *Epistolario 1512-1527*. México: FCE, 2013.
- Martines, Lauro. *Power and Imagination. City-States in Renaissance Italy*. Nueva York: Alfred A. Knoff, 1979.
- Mazzocco, Angelo. *Interpretations of Renaissance Humanism*. Leiden-Boston: Brill, 2006.
- McNair, Bruce. "Cristoforo Landino and Coluccio Salutati on the Best Life". *Renaissance Quarterly*, vol. 47, núm. 4 (1994): 747-769.
- Morrás, María, editora. *Manifiestos del humanismo*. Barcelona: Península, 2000.
- Nieto Soria, José Manuel, coordinador. *Europa en la Edad Media*. Madrid: Akal, 2016.
- Nisbet, Robert. "The Myth of the Renaissance". *Comparative Studies in Society and History*, vol. 15, núm. 4 (1973): 473-492.
- Pacaut, Marcel. *Monaci e religiosi nel medioevo*. Bologna: Il Mulino, 1989.
- Paul, Jacques. *Historia intelectual del occidente medieval*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Petrarca, Francisco. *La lira y el laurel*. México: UAM, 2013.
- Pirenne, Henri. *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*. México: FCE, 2012.
- Pocock, J. G. A. *El momento maquiavélico*. Madrid: Tecnos, 2002.
- Rapetti, Anna. *Storia del monachesimo medievale*. Bologna: Il Mulino, 2013.
- Ridolfi, Roberto. *Vida de Nicolás Maquiavelo*. México: Renacimiento, 1961.
- Sampson, Geoffrey. *Sistemas de escritura*. Barcelona: España, 1997.
- Santidrián, Pedro R., editor. *Humanismo y Renacimiento*. Madrid: Alianza, 2007.
- Skinner, Quentin. *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. México: FCE, 1993.

- . *El artista y la filosofía política*. Madrid: Trotta, 2009.
- Toffanin, Giuseppe. *Historia del humanismo*. Buenos Aires: Nova, 1953.
- Vespasiano. *Renaissance Princes, Popes & Prelates*. Nueva York: Harper Torchbooks, 1963.
- Villari, Pasquale. *Maquiavelo: su vida, su tiempo*. México: Ganesa, 1958.
- Viroli, Maurizio. *Dalla politica alla ragion di stato. La scienza del governo tra XII e XVII secolo*. Roma: Donzelli, 1994.
- . *Repubblicanesimo*. Bari: Laterza, 1999.
- . *Per amore della patria. Patriotismo e nazionalismo nella storia*. Bari: Laterza, 2001.
- . *Machiavelli's God*. Princeton: Princeton University Press, 2012.
- Wood, Neal. "Machiavelli's Human Action". En *The Political Calculus*, editado por Anthony Parel. Toronto: Toronto University Press, 1972.